

REPUBLICA DE COLOMBIA

---

# Revista Médica de Bogotá

Organo de la Academia Nacional de Medicina.

AÑO XLI



BOGOTÁ  
IMPRESA NACIONAL  
1924

# REVISTA MEDICA DE BOGOTA

.....

Organo de la Academia Nacional de Medicina

## REDACTORES

Doctor Zoilo Cuéllar Durán.  
Doctor Luis Cuervo Márquez.

Doctor Pablo García Medina.  
Doctor Pompilio Martínez N.

---

## MONUMENTO A PASTEUR

El 14 de julio del presente año se inauguró en Bogotá, en la Avenida de la República, el monumento que por suscripción nacional se erigió en honor del gran sabio que señaló nuevos rumbos a la medicina y fundó la higiene sobre bases verdaderamente científicas.

El monumento es sobrio y elegante, y sobre él se yergue el bello busto de Pasteur, reproducción de la obra de arte con que el célebre escultor francés A. Carlès, contribuyó a glorificar al gran benefactor de la humanidad.

A esta fiesta solemne, que fue presidida por el Excelentísimo señor General Ospina, Presidente de la República, y por los Ministros de Estado, asistieron: el Cuerpo Diplomático, el Presidente y los miembros de la Academia Nacional de Medicina; el Presidente de la Sociedad de Cirugía, el Rector, Profesores y alumnos de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales; los Rectores y representantes de los demás establecimientos de educación de Bogotá; el Director Nacional de Higiene; los Directores de la Oficina Municipal de Bogotá, y un numeroso concurso en que estaban representadas todas las clases sociales.

El doctor ALBERTO PORTOCARRERO, Ministro de Instrucción Pública, llevó la palabra en nombre del Gobierno de la República. En este acto pronunció el siguiente discurso:

Excelentísimo señor Presidente de la República, honorable señor Encargado de Negocios de Francia, señoras, señores:

Si en todas las manifestaciones de la actividad humana, si todo progreso de las ciencias y de las artes ha seguido Colombia con solícito interés el movimiento del mundo civilizado, no podía permanecer indiferente a la hora de rendir homenaje de admiración y gratitud al sabio francés cuya memoria es para nosotros tan sagrada como para el orbe entero. No bien se inició más allá de los mares la celebración del centenario de Pasteur, advirtió nuestra ilustre Academia de Medicina que debíamos asociarnos al universal festejo, porque ella sabe hasta dónde es merecido y justo; la idea fue acogida con beneplácito por todos; tuvo eco en las Cámaras Legislativas, y con el voto unánime de sus miembros se expidió la Ley 44 de 1922, «por la cual se rinde homenaje a Luis Pasteur, genio descubridor—dice el texto—a quien saluda el mundo como a una lumbrera de la ciencia, y a uno de los más insignes benefactores de la humanidad»; se encomienda a la misma Academia de Medicina la organización de los festejos, y se apropia una suma para la suscripción nacional iniciada con el fin de erigir este monumento que hoy, fecha gloriosa para Francia, acaba de descubrir el primer Magistrado de Colombia.

Es de lamentar que en estos solemnes momentos no se haile al frente del Ministerio de Instrucción Pública uno de nuestros muchos compatriotas que son honra y prez de la oratoria colombiana. Carece de todas las dotes necesarias quien, en nombre del Gobierno, viene a ocupar esta tribuna ante selecta concurrencia; pero no cede un punto a los demás colombianos en amor a la Patria ni en el deseo de verla figurando entre las naciones que guardan mayor veneración por la memoria del héroe de la ciencia y más en alto hayan puesto su voz al entonar un cántico de admiración y eterna gratitud al que ha sido maestro de nuestros maestros y guía de los procedimientos científicos que han producido entre nosotros inolvidables alivios y consuelos.

Al cumplir el honroso deber que se me ha impuesto de llevar la palabra del Gobierno en este acto, no intento hacer un estudio de la labor científica del gran sabio, porque tan ardua empresa sólo puede estar reservada a los profesio-

nales iniciados en las reconditeces de la más humanitaria de las ciencias; y así me limitaré a esbozar una corta reseña de los rasgos que en mi concepto deben considerarse como culminantes en la larga y meritoria vida de este genio insuperable.

Debo, en primer término, recordar a la juventud estudiosa que el origen humilde de Pasteur no fue parte a impedir el vuelo de su fecunda imaginación, y que se distinguió desde su infancia por una tan tenaz consagración al estudio, que sin ser el más brillante entre sus condiscípulos, lo llevó a escalar uno por uno los mejores puestos en las aulas estudiantiles. Admitido en la Escuela Normal de Basanzon, obtuvo en breve el cargo de pasante. Bachiller en ciencias, apenas alcanzó la nota de mediano en el curso de Química, a pesar de lo cual sus energías no desmayaron: dedicóse con mayor ahinco a las investigaciones científicas; gustaba de transmitir sus conocimientos a los alumnos de la pensión Barbet, donde se le acogió bondadosamente a la llegada de su pueblo natal; realizados los primeros ensayos de la investigación científica, principiaron sus éxitos, cada uno de los cuales lo alentaba para nuevos estudios; profesor suplente en la Facultad de Estraburgo, inició el desarrollo de sus teorías fundadas en la correlación y mutuo auxilio de las ciencias; nombrado Administrador de la Escuela Normal de París, encargado de la dirección de los estudios científicos, tuvo la desagradable sorpresa de no encontrar allí los elementos indispensables para sus experimentos; pero al impulso de su tenacidad logró establecer los laboratorios donde inició, de manera eficaz, la serie de ensayos y observaciones que lo condujeron a los maravillosos resultados que lo colocan en el más alto puesto entre los sabios del último siglo.

Cerciorado de la exactitud de sus experimentos, trabajó sin descanso por darles aplicación práctica, y los sorprendentes resultados que obtuvo para combatir y prevenir la enfermedad destructora de los gusanos de seda y el daño de los vinos, sobrepasaron toda previsión, salvando así dos industrias amenazadas de muerte y abriendo nuevas fuentes de riqueza a las más bellas provincias de su patria.

Sin haber cursado estudios especiales de medicina ni obtenido título profesional, pero guiado por sus principios sobre la correlación de las ciencias, comprendió con admirable clarividencia que el campo más vasto para sus investigaciones y en el que sus descubrimientos darían mejores resultados y redundarían en mayor provecho de la humanidad era el del estudio de ciertas enfermedades del organismo viviente, y se aplicó a investigar sus causas con ardor infatigable. Sus lucubraciones transformaron completa-

mente tanto los métodos preventivos como los curativos de diversas dolencias, de tal manera que, como lo hace notar el gran escritor Paul Bourget en sus *Reflexiones sobre el Centenario de Pasteur*, una era la medicina y cirugía antes de Pasteur, y otra es después de Pasteur.

Pero ni los satisfactorios resultados de esos procedimientos curativos y preventivos, ni los triunfos alcanzados con ellos, ni los premios que obtuvo, ni los honores de que se vio colmado, pudieron entibiar su entusiasmo por el trabajo y por la ciencia, y así, después de recibir la colosal ovación que se le tributó en la Sorbona el 27 de diciembre de 1892 al llegar a los setenta años de su edad, continuó laborando con el mismo ahinco, y mientras sus fuerzas se lo permitieron siguió en su gabinete dando a la humanidad ya los efectos positivos de sus nuevas investigaciones, ya los elementos que han servido de base a métodos y sistemas terapéuticos implantados posteriormente.

El amor al trabajo fue una de sus características. A sus discípulos en la edad proveya, lo mismo que a sus allegados en la juventud, les recomendaba trabajar y trabajar sin descanso si aspiraban a realizar obra de provecho; y al despedirse de los familiares que lo asistían en su lecho de muerte pronunció estas breves palabras que bien se han calificado como su testamento espiritual y que deben servir a la juventud de norma permanente: *Il faut travailler*.

Hay un aspecto de la actividad de este sabio que no se puede dejar pasar inadvertido, porque realza sus méritos como servidor abnegado de la humanidad, y es el de que en sus investigaciones no buscaba solamente el triunfo de la ciencia para sí mismo ni perseguía un fin egoísta, sino que aspiraba a la satisfacción de servir a sus semejantes, de evitar sus quebrantos y de aliviar sus dolores. Por eso se le veía con frecuencia al pie del lecho del niño a quien salvaba de la hidrofobia, informándose con solicitud del curso de la enfermedad del paciente tratado por su sistema, y preocupado con las dolencias de todos aquellos que se sometían a sus procedimientos. Amaba a la humanidad con esa caridad cristiana que consiste en servir al prójimo por amor a Dios y que se reflejaba en la benevolencia de todos sus actos.

Su mejor galardón no fueron los honores que se le dispensaron en vida, ni la satisfacción de sus triunfos, ni la verdadera apoteosis que alcanzó en la Sorbona en el año de 1892, donde recibió el homenaje de todos los sabios del mundo presididos por el Jefe de la nación francesa, ni consiste ese galardón en los innúmeros monumentos que la humanidad ha levantado a su memoria, sino en las lágrimas de agradecimiento vertidas por las madres que, merced a los des-

cubrimientos del sabio, lograron salvar la vida de sus hijos; en las sonrisas de felicidad de los niños que vieron revivir al padre querido próximo a la tumba, y en el inmenso clamor de reconocimiento de los pueblos a quienes descubrió los medios de hacer que ciertos flagelos se extinguieran o cuando menos mitigaran sus mortíferos efectos. Manifestaciones éstas de gratitud, que en cuanto alcanzó a recibir en vida debieron constituir su más legítimo orgullo y su más profunda esperanza en otra mejor existencia.

Porque Pasteur era eminentemente creyente y sabía que por muchas que sean las recompensas que el mundo otorgue a sus benefactores, hay un más allá donde el premio alcanza proporciones infinitas. De ahí que las ideas materialistas que predominaban en la época de sus primeros ensayos jamás lo subyugaran. Con espíritu independiente, con esa tenacidad que caracterizaba todas sus actuaciones, y con paciencia benedictina, sostuvo durante años la polémica sobre la generación espontánea. No lo arredraron los primeros contratiempos, y perseveró en sus demostraciones hasta que los adversarios cedieron terreno, entraron en concesiones y distingos, y el debate terminó con el ruidoso triunfo que obtuvo sobre el sabio Pochet, el más caracterizado defensor de esa teoría de la generación espontánea.

Puso en evidencia, como lo hace notar un eminente médico colombiano en la exposición de motivos del proyecto de ley a que me referí antes, «que la vida es una cadena no interrumpida de impresiones vitales por intermedio de seres semejantes, y que ésta no surge de la nada sino que es el resultado de la misteriosa impulsión que emana de generadores similares.» Confirmó el triunfo de la doctrina tradicionalista; el dogma cristiano quedó incólume, y vanos han sido los esfuerzos que se han hecho posteriormente para aniquilarlo.

Pasteur nació, vivió y murió como católico, y sus mismos experimentos y sus doctrinas constituyen la confirmación más gráfica de que no existe antagonismo entre las ciencias y los principios de esta religión, sino por el contrario, un consorcio que confirman los más grandes sabios que han hecho honor a la humanidad. Cuando en la Academia de Medicina de Francia sus adversarios lo atacaron afirmando que los resultados que proclamaba en sus investigaciones obedecían a prejuicios dogmáticos, los desmintió con suprema energía; aseguró que si sus doctrinas no estuvieran de acuerdo con la verdad de los hechos naturales, tendría suficiente honradez y valor para declararlo así, y terminó su discurso con estas bellas palabras: «En cada uno de nosotros hay dos hombres: el sabio, el que hace tabla rasa de todo y que, por la observación, la experimen-

tación y el razonamiento, quiere elevarse al conocimiento de la naturaleza; y ¡uégó el hombre sensible, el hombre de tradición, de fe o de duda, el hombre de sentimientos, el hombre que llora a sus hijos que ya no existen, que no puede probar que los volverá a ver, pero que lo cree y lo espera; que no quiere morir como muere un vibrión, que se dice que la fuerza en él existente se transformará. Ambos dominios son distintos y ¡ay! de aquel que quiere confundirlos dado el estado actual de los conocimientos humanos.»

Tal es, a grandes rasgos, el genio cuya memoria hemos querido perpetuar aquí en este sencillo monumento. Hijo de Francia, de la nación generosa de donde han surgido las más nobles iniciativas, y que podemos considerar como madre intelectual de nuestra República, constituyó el verdadero exponente de la raza latina. Modesto sin humillación, enérgico sin altivez, así bondadoso como desinteresado, fue modelo en su hogar, consecuente en sus amistades, y tan amante de su patria, que cuando la vio hollada por el extranjero en el año de 1870, no vaciló un punto en devolver a las sociedades e institutos científicos del país invasor los diplomas y condecoraciones que atestiguaban su mérito en el mundo de los sabios y que seguramente eran para él preseas de valor inestimable.

Como cristiano, como patriota y como hombre de ciencia, es para las generaciones venideras un ejemplo y un estímulo el insigne benefactor de la humanidad a cuyo homenaje se asocia hoy cordialmente el pueblo colombiano.

---

El señor Profesor FEDERICO LLERAS ACOSTA, en representación de la Academia Nacional de Medicina y de la Facultad de Medicina, dijo:

Excelentísimo señor Presidente de la República, señores Ministros del Despacho, Excelentísimos señores, señor Ministro de Francia, señores:

Considero uno de los momentos más solemnes de mi vida este en que, por mandato de las dos entidades médicas de más prestigio, la Facultad de Medicina y la Academia Nacional de Medicina, ocupo esta tribuna en homenaje al más grande de los sabios y al más auténtico de los benefactores del mundo.

Llevar la voz del Cuerpo médico para rendir este tributo de admiración y de gratitud al excelso hijo de Francia, cuyo centenario se celebra en todas las naciones, es

altísimo honor que me obliga grandemente para con los hombres eminentes que al elegirme no tuvieron en cuenta sino las circunstancias de haber hecho de mi vida un perenne culto a la memoria y a la ciencia de Luis Pasteur, el más prodigioso suavizador de la humana desventura.

Los pueblos perpetúan el recuerdo de sus héroes, de sus hombres de Estado y de sus sabios. Cada nación tiene sus ídolos. El bronce y el mármol los inmortaliza. Pero son raros los seres que, como Pasteur, reciben la ofrenda del entusiasmo y la consagración de los monumentos de la humanidad en conjunto. La universalidad de su forma es consecuencia de la universalidad de sus servicios.

Ese coloso que revolucionó la ciencia con sus doctrinas, que no ha tenido ni tendrá igual durante muchos siglos, y cuya gloria no ha costado ni costó ninguna lágrima, se yergue grandioso, tan grandioso que su sombra se extiende desde uno hasta el otro extremo del planeta.

Su extraordinaria vida es una maravillosa enseñanza. Hijo de ese gran pueblo que ha conservado la hegemonía del progreso, y que ha escrito en la historia de la humanidad tantas páginas gloriosas; de ese pueblo viril que ha conservado vivos los más caros ideales; nacido en esa Francia que ha sido la cuna del saber humano, de donde la ciencia se ha difundido por todo el universo, Pasteur se destaca en el escenario de la vida como un coloso que subyuga y cuyo nombre solo despierta sentimientos de admiración, de respeto y de gratitud perdurable. No recorrió Pasteur la Europa en corcel de guerra, no conquistó naciones, no derramó sangre. Genio del bien, descorrió el velo que había ocultado por tantos siglos la causa de las enfermedades contagiosas; descubrió el mundo de los infinitamente pequeños; encadenó esos seres enemigos del hombre; investigó sus más secretos arcanos; penetró en las regiones de lo desconocido; venció las enfermedades, y dijo «atrás» a la muerte.

Hoy, al conmemorar el centenario de su nacimiento, los pueblos deberían abrir un paréntesis en su lucha diaria, borrar por un momento sus fronteras, apagar la hoguera de la rivalidad, y unidos en un solo haz, glorificar al más grande de sus benefactores.

Querer hacer la biografía de Pasteur sería obra superior a mis fuerzas. Mas basta en estos momentos señalar sus grandes virtudes y esbozar a grandes rasgos sus mejores descubrimientos, para procurar que nadie ignore quién fue tan noble sabio y que al pasar por frente de este busto sienta todo hombre la emoción de reconocimiento que merecen los grandes beneficios.

La juventud de Pasteur se marca por una energía y



un entusiasmo para el estudio tan grandes que sin duda a estas virtudes debió en gran parte el rápido progreso que alcanzó en sus descubrimientos. A los diez y seis años escribía a sus hermanos estas palabras:

«Casi todo en la vida es querer, porque la acción y el trabajo siguen siempre a la voluntad, y casi siempre el trabajo tiene al éxito por compañero. La voluntad, el trabajo y el éxito se distribuyen en toda la existencia humana. La voluntad abre las puertas a las carreras brillantes, el trabajo las franquea, y una vez llegados al término del viaje, viene el éxito a coronar la obra.»

Pasteur no desmayó nunca; sus energías no flaquearon; jamás retrocedió ante las dificultades ni ante la incompreensión. ¡Hermosa enseñanza para la juventud! Esta vida diamantina será un eterno ejemplo para las jóvenes generaciones. Vidas como éstas son las que deben imitar, tener como norma y guía, relegando a segundo término las glorias de los militares y de los políticos, glorias de oropel conquistadas siempre con el sufrimiento y el dolor de los vencidos.

En Pasteur se reúnen la fuerza creadora del genio y el más riguroso método experimental. Su obra gigantesca nace en el laboratorio y principia con sus admirables estudios sobre cristalografía y el poder rotatorio que lo conducen necesariamente al estudio de las fermentaciones; demuestra hasta la evidencia el carácter vital de éstas que tienen por causa la acción de los infinitamente pequeños: vibriones, levadura, bacterias. Dueño de estos fermentos, los cultiva, los encadena a su voluntad. A su imperioso mandato, los fermentos del vino, de la cerveza, del vinagre, se ponen a merced de las necesidades de la industria y se convierten en amigos que trabajan para nosotros con un ardor incansable.

Resuelto el problema de las fermentaciones y rebatidas por Pasteur las viejas teorías de la generación espontánea, emprende el estudio de la enfermedad de los gusanos de seda.

La industria de la seda, la más floreciente de las industrias de Francia, decae bruscamente y amenaza de ruina completa a los sericultores. Dumas pide a Pasteur remedio para el flagelo, y éste principia sus investigaciones el 6 de julio de 1865. Sin conocer siquiera el gusano de seda, empieza por estudiar la vida y la evolución del insecto, y en éste, como en todos sus descubrimientos, revela las cualidades del genio. Demuestra la existencia de dos enfermedades de los gusanos, la una parasitaria y la otra microbiana. La pebrina producida por un protozooario perteneciente al grupo de las microsporidias y la otra producida por vibriones y estreptococos.

Conocida la etiología de estas enfermedades, señala el remedio y salva de la ruina a una de las mejores industrias. Pero no reserva las ventajas de sus triunfos para él, ni siquiera para su patria; los entrega al mundo entero reclamando para Francia únicamente la gloria.

Por un lógico encadenamiento penetra Pasteur en el estudio de las enfermedades. Prueba que así como los fermentos, los virus son seres vivos, y con esta demostración revoluciona por completo la medicina y la cirugía.

Sus estudios sobre el carbón bacteridiano, enfermedad tipo de las infecciosas, le abren la puerta de la inmortalidad. Aísla la bacteridia vista ya por Davaine, prueba que es la causa del carbón, la cultiva, reproduce la enfermedad con la inoculación de sus cultivos, y transforma éstos en salvadoras vacunas.

La vacunación, que hasta entonces no fue más que un casual empirismo, se convierte en una teoría científica de vastas aplicaciones. Los estudios sobre el cólera de las gallinas y el carbón, abren una nueva etapa en la ciencia médica. La atenuación de la virulencia de los microbios llevada a cabo en unos tubos del laboratorio, se convierte en el arma más poderosa contra las enfermedades producidas por estos mismos microbios.

Con la vacuna anticarbunclosa dio Pasteur un verdadero tesoro a la agricultura, y con un desprendimiento y una generosidad sin precedentes, entregó también este descubrimiento al haber común de los hombres.

No descansó nunca. Presente siempre en su espíritu la idea de hacer el bien a la humanidad, emprendió el estudio de la rabia, enfermedad terrible, delante de la cual al médico impotente sólo le es dado asistir al pavoroso cuadro que conduce irremediabilmente al desastre. Después de ensayos y de meditaciones múltiples, también logró encadenarla. Desde entonces fue posible realizar la vacunación preventiva del hombre mordido por un animal rabioso. La rabia aparece un mes y a veces más tiempo después de la mordedura. Aplicando la vacuna pasteriana se puede conferir la inmunidad antes de que aparezcan los primeros síntomas.

De la ciencia de las vacunaciones fundada por Pasteur se han derivado todos los procedimientos ideados para volver al organismo refractario a las enfermedades infecciosas. Por Pasteur tenemos hoy la vacuna contra el cólera, la fiebre tifoidea, la peste, la disenteria, la fiebre amarilla. Millares de vidas se han salvado de los flagelos que antes de la era pasteriana diezaban a los pueblos.

Hay en la obra de este sabio un capítulo, acaso el más interesante, el descubrimiento que ha salvado más vidas: el del agente de la fiebre puerperal.

A mediados del siglo XIX la mortalidad en las maternidades era aterradora. Épocas hubo en que subió al 50, al 60 y aun al 100 por 100 de las mujeres que daban a luz. Pasteur demostró que el agente de la enfermedad es un estreptococo y que la infección la llevan los médicos y las enfermeras en sus manos; descubierto el microbio, dio las indicaciones para prevenir la infección y dejó así dilucidada la oscura etiología de tan terrible flagelo. ¡Qué hermoso descubrimiento! Desde ese instante la mortalidad de las madres quedó reducida a ínfima cifra. La mujer no tiene ya que pagar con su vida la felicidad de ser madre. Esto solo hubiera sido suficiente para la gloria del gran sabio; quien salva a una madre salva dos vidas, salva al ser más querido, más digno de respeto que existe sobre la tierra; quien salva a una madre salva el ideal del hogar, salva el ángel tutelar de la niñez, salva la fuente de la vida misma.

Madres: enseñad a vuestros hijos a pronunciar con veneración el nombre de vuestro salvador.

Pero no se detienen aquí las actividades de Pasteur: él, que no era médico, que no había visto un enfermo, ni dado un golpe de bisturí, enseña con sorprendente precisión cómo deben operar los cirujanos. Demuestra el mecanismo de la infección de las heridas y sienta sobre bases sólidas el método antiséptico creado por Lister y merced al cual hoy pueden darse los cirujanos el lujo de llevar a cabo las más atrevidas intervenciones.

Pero todos estos descubrimientos no fueron obra de la casualidad: Pasteur tuvo el primer golpe de genio en sus estudios sobre la desviación del plano de polarización, y por un encadenamiento lógico se fueron sucediendo en ese poderoso cerebro todas las maravillas que hoy contemplamos en la ciencia médica. El momento en que adivinó que las fermentaciones tenían que ser obra de un ser vivo, fue el supremo momento de la humanidad, puesto que buscó la vida y la encontró en los seres infinitamente pequeños y puesto que de allí se desprendieron todos los descubrimientos que han servido para aliviar las miserias humanas.

Un grupo de hombres que también fueron sabios rodearon a Pasteur, y apóstoles de las nuevas doctrinas, penetraron en el camino de la investigación, guiados por el maestro. Rápidamente se multiplicaron los descubrimientos, y Pasteur pudo ver como justa recompensa en el ocaso de su vida, la obra de sus discípulos y el constante progreso de la ciencia descubierta por él. Vio el suero antidiftérico, obra de Roux; el bacilo de la peste descubierta por Jersin; siguió los trabajos de Nocard, Chantemeusse, Chamberland, Metchnikoff y de toda esa brillante falange de sabios que tantos beneficios han hecho a nuestra especie.

La bacteriología, ciencia que revolucionó la medicina, nació en Francia con Pasteur y es una ciencia principalmente francesa. Allá tuvo su cuna y allá se conserva pura la doctrina de su fundador. Cosa admirable: todos los descubrimientos que en los distintos ramos del saber han marcado nuevos rumbos a la humanidad, han tenido su cuna en Francia. No hay nación sobre la superficie del globo que haya dado mayor número de sabios en todos los ramos de la actividad humana. Aniquilad a Francia, haced callar a sus hijos, y habréis retardado siglos enteros el progreso de la humanidad.

¿Porqué llegó Pasteur a la cumbre de la gloria? Porque tuvo siempre vivo un ideal; el culto a la ciencia y el amor a la Patria. Hijo de esa tierra idealista, amó a la ciencia por la ciencia y a su patria por sobre todas las cosas.

Imitemos las virtudes de este grande hombre. Jóvenes que me escucháis: amad la ciencia y no la convirtáis en bajo mercantilismo; buscad la verdad científica en la experimentación; desligaos de toda especulación metafísica, y al igual de Pasteur, que después de haber reivindicado para su conciencia el derecho de reafirmar altamente sus convicciones espirituales y religiosas, reclamó con no menos energías todas las prerrogativas de la libertad para su espíritu; reclamad vosotros también toda la libertad para el vuestro.

Amad la patria como Pasteur amó la suya; formaos el verdadero concepto de lo que es patria; ésta no la forma únicamente el territorio circunscrito por unas convencionales fronteras; la patria es algo más: es la soberanía, es el idioma, es la ciencia propia, son nuestros hombres y nuestras tradiciones. Buscad el engrandecimiento de esta Patria querida. Recordad que Pasteur engrandeció a la Francia por la ciencia. Oíd sus palabras:

«La ciencia debe ser la más alta personificación de la Patria, porque de todos los pueblos será siempre el primero aquel que vaya adelante por los trabajos del pensamiento y de la inteligencia.»

No es posible el progreso de un pueblo sin haber sentado primero las bases de su adelanto espiritual; pensar únicamente en obras materiales es vana quimera.

Ya que no nos es dado imitar a Pasteur en el genio, tratemos de imitarlo en las virtudes. Pasteur amó siempre la verdad, y por defender sus convicciones hubiera ido hasta el sacrificio; bello ejemplo para estos tiempos de apocamiento del carácter, en que muchas veces por miedo a los poderosos se calla la verdad. Jóvenes: cuando, poseedores

de la verdad, tengáis que defenderla, no trepidéis. Sed apasionados, sed inflexibles.

Pensad, jóvenes médicos, que la Patria espera mucho de vosotros. Tened presente que infinidad de problemas de medicina nacional esperan la solución de vuestras capacidades; estudiad, investigad sin descanso, tened presente que sois los llamados a servir al país sin esperar a que vengán extraños a resolver problemas que ante todo debemos estudiar nosotros. Mantened en alto el bien ganado prestigio de nuestro Cuerpo Médico, y no olvidéis que siempre que han venido técnicos de fuera no han hecho otra cosa que confirmar lo dicho por los médicos del país.

Buscad en los laboratorios la luz; id a esos santuarios en los cuales seréis sacerdotes; buscad la verdad en la experimentación, y no olvidéis que sin laboratorios no progresan la ciencia ni el cultivo intelectual de un país. Cuando los laboratorios faltan, principia la decadencia de los pueblos.

«Las concepciones más audaces, las especulaciones más legítimas, escribía Pasteur, no toman cuerpo y alma sino el día en que son consagradas por la observación y la experiencia. Laboratorios y descubrimientos son términos correlativos. Suprimid los laboratorios, y las ciencias físicas se volverán la imagen de la esterilidad y de la muerte.»

El presente siglo es el siglo del laboratorio. Honremos a Pasteur en esos templos de la ciencia, que de allí habrán de salir transformaciones fecundas, y grabemos su nombre en la mente de la niñez y de la juventud. Ese nombre deben repetirlo con religioso cariño el maestro en la escuela, el sacerdote en el templo, el obrero en su taller, el labriego en su campo, el agricultor en su heredad. Debe oírse en el hogar, en los hospitales, en las fábricas, como un símbolo altísimo en que se resumen las virtudes diamantinas del hombre, las mejores cualidades del ciudadano, los más claros brillos del genio, todas las condiciones del saber perfecto y la gloria insuperable de haber servido más que nadie a la humanidad doliente.

Y esa gloria no tendrá ocaso. Mientras exista un hombre sobre un palmo de tierra; mientras haya madres; mientras se escuchen risas y gemidos de niños; mientras el dolor siga cebándose en la carne sujeta a todas las miserias, y mientras en los corazones aliente la esperanza de la curación o del alivio, la imagen de Pasteur será como un sol esplendoroso que dará calor y luz a los que, ateridos, marchan por entre tinieblas y tienen el semblante triste. En toda alegría de hogar, bandera que se clava sobre la enfermedad en derrota, tendrá su parte el sabio que dio el remedio, o mostró el camino para que otros lo hallaran.

puesta la fe en Dios y el corazón en el prójimo. Y a través de los siglos, su gloria, limpia gloria de benefactor universal, irradiará sobre lo que María Estuardo llamaba «el dulce país de Francia.»

Señor Ministro de Francia: decid a vuestro país que un pueblo amigo ha rendido tributo de admiración y de cariño a vuestro compatriota excelso. Decidle que desde hoy engalana su efígie la principal de nuestras avenidas, y que al renovar ante ella la ofrenda de laureles frescos, que a un mismo tiempo simbolizan la constancia de nuestra gratitud y la perpetuidad de su gloria, vendremos aquí los colombianos, en apretado haz, a evocar el espíritu vivificador de este gran santo laico, como llamó Renán al mejor de los hombres.

He dicho.

El señor doctor MANUEL AYA habló en nombre de la Cámara de Representantes, y el Excelentísimo señor E. LANGLAIS, Ministro de Francia, en elegantes frases dio las gracias al Gobierno y al pueblo de Colombia por la consagración de este monumento al ilustre sabio francés.

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA  
BIBLIOTECA